

común se generan para sostener alguna reclamación o sentar precedente, y no tanto para ilustrar a las generaciones venideras o dar pábulo a tesis y tesis académicas. Historia *ad probandum*, que ha recordado en otro lugar Julio Caro<sup>56</sup>.

Aquella historiografía arcaica, como género literario, tenía su canon formal. Había, en primer lugar, un prototipo de «Historia», que es la sagrada o bíblica. Pero no es igual la historia bíblica de los orígenes y el Diluvio, por un lado, que la historiografía cortesana de los libros de los Reyes, o los panfletos propagandísticos de los Macabeos, en el otro extremo. De hecho, la historia bíblica no es un solo género, sino muchos y muy dispares. Pero todos han sido espejo y canon para los historiadores cristianos, que se sabían la Biblia de memoria.

En el Canto de Moisés se dice:

Quando el Altísimo repartió las gentes,  
cuando dividió a los humanos,  
fijó las fronteras de los pueblos  
según el número de los hijos de Dios<sup>57</sup>.

Esta concepción fijista de las nacionalidades, avalada por un texto inspirado, tuvo sus secuelas jurídicas y dio dolores de cabeza a la hora de legitimar conquistas. Otra consecuencia es que las antiquísimas migraciones, como la nuestra tubalina, no eran en realidad otra cosa sino la marcha a tomar posesión de cada tierra prometida. En cuanto a las invasiones más modernas a lo largo de la historia —bárbaros, árabes, turcos— representaban perturbaciones de aquel reparto ideal. Cuando los príncipes cristianos codiciaron territorios ajenos (cosa que ocurría con harta frecuencia), todo

<sup>56</sup> «Desde Lope G.<sup>a</sup> de Salazar hasta Balparda, casi no ha habido un historiador vasco-español que no escribiera *ad probandum*» (J. Caro Baroja, *Los Vascos*, 3.<sup>a</sup> ed., Madrid, Istmo, 1971, n. a pág. 68). Normal, y no exclusivo de españoles vascos. He aquí un ejemplo:

¿Era godo Don Pelayo? El sí o el no a esta cuestión banal traía implicaciones políticas para la monarquía asturiana como heredera legítima o no de la visigoda. Garibay declaró que Pelayo no era godo, con aquel nombre latino (*Pelagius*), y

discurre que los astures, enemigos de los godos, no iban a elegir por rey a uno de tan desprestigiada ralea. El asturiano Carvallo, que al recoger la leyenda de Don Pelayo le atribuye sangre real goda, no carece de recurso legitimador: hubo dos invasiones góticas, una bárbara y otra, en 456, legal con Teodorico, a quien el emperador Flavio Macilio cedió España (Luis A. de Carvallo, *Antigüedades y cosas memorables del Principado de Asturias*, Madrid, J. de Paredes, 1655, p. 75; edic. facs., Oviedo, S. Cañada,

1988). Tampoco esto carece de reminiscencias bíblicas, no eruditas precisamente.

Sobre historia *ad probandum*, conviene recordar la expresión entera de Quintiliano: «Historia... scribitur *ad narrandum*, non *ad probandum*» (Instit. orat., 10, 1, 31). Según eso, el historiador —el antiguo, se entiende— no debería conducirse como un orador forense en defensa de una tesis, sino como expositor objetivo, desapasionado, aunque puede y mejor debe ser ameno. Obviamente esto no va con la ciencia histórica mo-

derna, que no conoce más valor que el probatorio.

<sup>57</sup> Deuter. 32: 8-9. «Hijos de Dios» = ángeles (Cfr. Gén. 6: 3-4). Así según los LXX, preferible al hebreo; cfr. Salvador Carrillo Alday, *El Cántico de Moisés (Dt 32)*, Madrid, CSIC, 1970, p. 53 y ss. Más interesante es la idea de que Dios en su testamento político repartió el mundo entre sus hijos (los llamados piadosamente «ángeles»), reservándose para sí a Jacob, el pueblo hebreo (vs. sig.). De ahí la maldición terrible de los judíos, rechazados por Dios.

el empeño se encaminaba a hallar justificación jurídica al expolio, en el sentido de negar su condición de ajenos (caso de Portugal), o alegar algún bien superior (como en la conquista americana)<sup>58</sup>.

La normativa o canon histórico era tan exigente, que una historia como la de Zurita, que de entrada renuncia a tocar los orígenes, resultaba anómala y como acéfala<sup>59</sup>. La manera correcta de historiar era remontarse a la era posdiluviana, cuando lo de la torre de Babel, la confusión de lenguas y la dispersión de las naciones. Dada la tendencia evemerista que ha sido popular entre escritores cristianos, las noticias bíblicas se trufan de mitología y fábula paganas, como se ve en la historiografía de Alfonso el Sabio<sup>60</sup>.

La perspectiva histórica se obtiene por doble procedimiento: 1.º división del tiempo según el esquema agustiniano de las «edades del mundo», a modo de jornadas laborales que culminan en el eterno *shabbat*; 2.º ampliaciones progresivas de escala objetiva, desde lo cósmico y general, hasta centrarse en la nación, pueblo o familia particular objeto de la obra: en la Biblia, Abraham y el pueblo elegido; en nuestro caso, España, y dentro de España, el País Vasco, Navarra, Guipúzcoa. El mismo canon y procedimiento tomado de las viejas crónicas adopta un narrador de temple tan distinto como lo fue García de Salazar en las *Bienandanzas y fortunas*.

No es este el lugar para explayar el tema de las invariantes historiográficas de fuente bíblica: rapsodia documentaria y dobles, genealogías, «quién fue el primero que...»; exageración épica, cantares, semiótica prodigial, discurso apologético, anécdota etiológica, etimología parlante y todo lo demás<sup>61</sup>.

<sup>58</sup> Garibay (Compendio, prólogo a Don Felipe II) la justifica por el mandato de Cristo: «Id por todo el mundo a predicar el Evangelio» (Marcos, 16: 15). La conquista de América, empresa que «el Consistorio Divino» tuvo reservada durante miles de años, es una de las mayores de la Historia, después de la Encarnación del Verbo.

<sup>59</sup> Caro, pp. 167-169; pero ya el propio Garibay en el Compendio, I, 1, al listar los historiadores de España, nota esta falta del cronista aragonés.

<sup>60</sup> De esta manera de historiar sentó precedente Sexto Julio Africano (fl. 1.ª mitad del s. III) en su Cronogra-

fía, citada por Eusebio y otros: primer ensayo cristiano de Historia Universal a creatione mundi (año 5499 a. de C., según él), hasta 221. Concordando datos históricos y bíblicos con los legendarios y míticos, Sexto Julio fue el primero que intentó insertar el judeocristianismo en el contexto de la historia general.

La preocupación por llenar el vacío original se aprecia ya en Dionisio de Halicarnaso, que dedica todo un largo libro I al período anterior a Rómulo, dedicándose luego por igual a este oscuro personaje y sus sucesores. La era de Augusto fue mitómana y dio mal

ejemplo a historiadores como Jordanes (siglo VI), que en su Historia Getarum puso listas fantásticas de reyes godos antiguos, donde bebió nuestro Rada.

<sup>61</sup> Insisto, no por entrar en detalles, sino como ejemplo. A propósito del episodio de Covadonga, el pequeño ejército de Munuza lo elevan las crónicas alfonsinas y el Silense hasta 187.000 hombres; cifra que Lucas de Tuy «críticamente» rebaja a 80.000, mientras que Rada habla de 20.000 caídos. Es amplificación épico-bíblica —el propio Rada evoca la travesía del Mar Rojo—, y resulta inepto comentar: «No es caso extraño, pues noto-

ria es la prosa falsa de los boletines y partes militares modernos en cifras de combatientes y de muertos, heridos y trofeos conquistados; ejemplo de ello son los famosos boletines napoleónicos» (A. Ballesteros Beretta, «La batalla de Covadonga»; en Estudios..., pp. 44-87, p. 76).

Por otra parte, la historiografía bíblica no teme al doblete documentario (Abraham en Egipto, en Gerar, Isaac en Gerar; Génesis 12; 20; 26; doble historia de José, también en Génesis; cfr. J. Moya, De Abraham a David. La tradición bíblica y los orígenes del pueblo hebreo, Bilbao, Desclée de

La credulidad o crítica de los historiadores cae tan al margen de esto, que casi es pseudoproblema. De hecho, en un mismo autor adicto a estas pautas coexisten prevenciones y latiguillos críticos, denuncias de la credulidad ajena<sup>62</sup>.

Pero el modelo bíblico junto con el clásico no era el único: había el hagiográfico, con amplísima licencia para componer el relato, incluso novelesco. Los textos hagiográficos son siempre utilitarios, al servicio de lo que sea, pero nunca inocuos si ante un *pie creditur* la crítica cedía a la autocensura. En el siglo siguiente los hagiógrafos bolandistas, por tímidos reparos que pusieron a la insostenible leyenda carmelitana, tuvieron disgustos muy graves que por poco no truncan su empresa, haciendo ellos mismos papel de cripto protestantes o descreídos, a los ojos de gente simple<sup>63</sup>.

Ya Luciano observó con aquella ironía suya que si de las letras griegas se quitaba lo fabuloso, la Hélade se quedaría iletrada<sup>64</sup>. Leer historias a veces ayuda a pasar el rato, incluso a un don Felipe II, como le invita a hacerlo Garibay<sup>65</sup>. Pero más pronto o más tarde se plantea la cuestión crítica. El propio Luciano pergeñó un manifiesto sobre *Cómo se escribe la historia*. Y es de lamentar que quienes, como Garibay, fundaban la espa-

Brouwer, 1962, pp. 282-289; 322-333), y en esto le imita la medieval. Así en la cronografía asturiana hay dos concilios de Oviedo, dos hechos de Roncesvalles con Bernardo del Carpio, etc., y llama la atención leer: «Lo que llama la atención en este relato legendario es, en primer lugar, que cada uno de los episodios de la vida del héroe está desdoblado», etc. (M. Defourmeaux, «Carlomagno y el reino asturiano», ibíd., pp. 89-114, p. 102).

La dependencia bíblica ya fue detectada por A. Huici en la *Chronica Adefonsi Imperatoris* (s. XII), en cuyo libro I muchos sucesos «están pormenorizados con arreglo a casos análogos de los libros de los Reyes y los Macabeos» (B. Sánchez Alonso: Historia de la historiografía española. Ensayo de un examen de conjunto, Ma-

drid, CSIC, 1944, t. 1, p. 126, n. 2).

<sup>62</sup> Morales alaba a Ocampo por su diligencia en averiguar la autenticidad de los testimonios (!). Al fin, era su continuador desde 1574 y fue su biógrafo. También Juan Vaseo calificaba de infatigable la diligencia con que el gran fabulador Ocampo procuró discernir la verdad en medio de las fábulas; el mismo Vaseo a quien se ha atribuido alguna contribución a los falsos cronicones, concretamente en relación con el País Vasco.

Por el contrario, en el s. XV Juan Margarit, el Gerundense, en sus Paralipómenos abomina de las fábulas de la «caterva de ignorantes» que le precedieron. Se vuelve tópico encarecer la propia diligencia en separar el oro del barro,

limpiar la verdad histórica de los errores con que la ha afeado el descuido de los cronistas, la injuria del tiempo, el vulgo, las viejas...

<sup>63</sup> Cfr. R. Aigrain, *L'Hagiographie*, París, 1953; H. Delehaye, *A travers trois siècles, l'oeuvre des Bollandistes*, Bruselas, 1920; P. Peeters, *L'oeuvre des Bollandistes*, Bruselas, 1920. La primera mención conocida de un trabajo hagiográfico fue para condenar a su autor, un sacerdote, como falsario novelador. Y el llamado Decreto Gelasiano, donde algunos ven el primer índice de libros prohibidos, se ocupa mucho de actas martiriales apócrifas; cfr. Michel de Certeau, «Hagiographie», en *Encyclopaedia Universalis*, París, 1990, 11: 162.

<sup>64</sup> Philopseudes, 4. Literalmente, condenaría a morir

de hambre a los comentaristas y dragomanes (refiriéndose no sólo a cultura literaria, sino a la monumental y turística). Luciano analiza los diversos motivos de mentir y falsificar, y menciona uno que aquí más nos interesa: «por ese medio, atenienses, tebanos y cualesquiera otros captan respeto para sus patrias respectivas». También es antológico el comentario de Estrabón sobre la mitomanía no sólo de poetas, sino de los pueblos y sus gobernantes, por darse prestigio (Geografía, 1, 2).

<sup>65</sup> Compendio, Prólogo. Las crónicas «deven ser traydas y leydas ante los principes» (Glosa a Proverbios de Santillana, cit. por Antonio Prieto: «De la materia histórica», *Voz y letra*, Rev. de Filología, Málaga, 1990, 1/2: 3-14; p. 3). También esto es bíblico (Ester, 6: 1).